

Semblanza del P. Osvaldo Francella, sdb, Fundador y Primer Rector del Instituto (1960-1973) (In memoriam)

Falleció en Bahía Blanca en la enfermería de la Inspectoría Salesiana "San Francisco Javier", la tarde del 11 de junio de 1991. Tenía 77 años de edad, 57 de profesión religiosa y 47 de sacerdocio. Fueron años intensamente vividos por él en la triple faceta de persona humana, religioso y sacerdote.

DATOS BIOGRÁFICOS



Nació el 27 de noviembre de 1914, en Falconara Marittima (Provincia de Ancona, Italia), hijo de Pablo y de Justina Brunelli. Como complaciéndose en su origen humilde, el P. Francella anota en unas memorias autobiográficas que su padre era ferroviario. A los pocos meses de su nacimiento, la familia se trasladó a Ancona. En esa ciudad entró en el Oratorio Salesiano de la Sagrada Familia cuando tenía seis años. Ahí fue también monaguillo. Después de algunos años, como había ido manifestando signos de

vocación sacerdotal y salesiana, fue enviado con otros cinco compañeros a la Casa Salesiana de Frascati. "Yo era el que prometía menos", observa el P. Francella en sus memorias, pero añadiendo a continuación: "La realidad fue que yo solo perseveré". El grupo de aspirantes pasó luego al "Ospizio Sacro Cuore" de Roma. En ese colegio, donde cursaron primer año de gimnasio, "lamentablemente nadie cuidó de nosotros", constata el P. Francella en esas memorias. Terminó el año escolar mereciendo el primer premio y medalla de oro.

En el "Sacro Cuore" conoció y se relacionó con el P. Adolfo Tornquist. Este benemérito sacerdote se preocupó por enviar a Francella, juntamente con sus compañeros, al aspirantado misionero "San Pío V" de Penango Monferrato, en Piamonte. Llegó a ese instituto el 27 de septiembre de 1929. Se aclimató enseguida a la "intensa vida espiritual" que allí reinaba.

En 1932, una vez terminado cuarto año de gimnasio, fue destinado a la Patagonia. En el mes de septiembre recibió la sotana de manos de Don Pedro Ricaldone, y el 4 de noviembre se embarcaba en el transatlántico "Giulio Cesare", junto con otros tres clérigos (Martín, Robino y Razza), igualmente destinados a la Patagonia.

En Fortín Mercedes, cerca de Pedro Luro (Pcia. de Buenos Aires), inició el noviciado el 24 de enero de 1933. Lo coronó con la primera profesión trienal el 29 de enero del año siguiente. La segunda profesión trienal la haría en Roma el 25 de enero de 1937, y la perpetua, nuevamente en Fortín Mercedes el 28 de enero de 1940.

En Fortín Mercedes, entre 1934 y 1936 Francella cursó los tres primeros años de Filosofía y de Magisterio. Entonces, como él apunta en sus memorias, "había muchos acólitos y se vivía una vida intensamente salesiana".

En 1936, el P. Inspector, Francisco Picabea, lo eligió para enviarlo a Roma a cursar la carrera de Licenciatura en Filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana. Puesto que él ya había estudiado todos los tratados, le dieron por aprobado primer año, de modo que en 1938, es decir a los dos años, obtuvo —"magna cum laude"— el grado académico de Licenciado en Filosofía.

De regreso a Fortín Mercedes, enseñó filosofía durante los ciclos lectivos de 1939 y 1940. A la vez daba clase de unas asignaturas de la Escuela Normal. Simultáneamente también completó sus estudios de Magisterio.

Después de estos dos años, el P. Picabea lo eximió de un tercer año de tirocinio -entonces acostumbrado- y lo envió al Instituto Teológico Internacional "Clemente J. Villada y Cabrera" de Córdoba. El P. Francella recuerda los cuatro años de estudios teológicos como "años fecundos de vida espiritual e intelectual". En ese lapso, durante las vacaciones se le encargó dictar unos cursos de filosofía a los clérigos de la Inspectoría de Córdoba.

Fue ordenado sacerdote el 19 de noviembre de 1944, en plena guerra mundial. Por esta razón, sus padres se enteraron de ello tan solo dos años después.

Otra vez fue destinado a Fortín Mercedes, como asistente de los posnovicios y profesor. Dio clase de filosofía, historia y geografía. En el noviciado tuvo a su cargo la enseñanza de griego bíblico. En sus memorias el P. Francella anota: "Tenía mucho entusiasmo. No tenía ni una hora libre. Y cuando terminaba el día iba a escribir a máquina los artículos que publicaba en las revistas Criterio y Ortodoxia".

A esta actividad, que se prolongó por seis años, se añadió en los últimos dos el cargo de Prefecto (que entonces ejercía las funciones de Vicario y Ecónomo). Encontró una deuda de 60 mil pesos -de los de antes-, pero finalizó su cometido de ecónomo con un superávit de 20 mil pesos.

En 1950, el nuevo P. Inspector, Carlos Mariano Pérez, lo trasladó al colegio D. Bosco de Bahía Blanca. Su cargo era de Prefecto, pero a la vez daba clase de filosofía a los alumnos de cuarto y quinto año de ese colegio, daba conferencias semanales en el Colegio María Auxiliadora, ejercía el ministerio de confesor y se interesaba de la juventud secundaria y universitaria. El arzobispo Mons. Germiniano Esorto lo nombró Asesor de la juventud. Supo oponerse resueltamente a los desafueros contra la Iglesia en el segundo gobierno peronista y más tarde supo batirse valientemente en el conflicto "enseñanza laica - enseñanza libre". Dirigía espiritualmente un grupo de jóvenes de ambos sexos, a quienes también sabía comprometer en el buen combate. "Estos - así anota en sus memorias - llenaban las paredes de la ciudad con leyendas oportunas". Durante el primer año bahiense, y exactamente el 16 de mayo, consiguió la carta de ciudadanía argentina.

Como ecónomo del colegio, cuidó, entre 1951 y 1954, de la construcción de dos dormitorios para internos y de unos treinta cuartos para salesianos y huéspedes, así como de una biblioteca con estantería en dos pisos.

El cúmulo de actividad que estaba desarrollando, minó su salud, por lo cual el P. Inspector creyó conveniente alejarlo de Bahía Blanca y destinarlo a San Carlos de Bariloche.

Fue, sí, a una localidad de clima tonificante, pero como Director y Párroco. Más que a descansar fue, pues, a desplegar otro tipo de actividad. Y la nueva actividad, que se prolongó de 1951 a 1960, fue, en verdad, muy intensa.

En Bariloche había entonces una sola parroquia - "La Inmaculada Concepción" -, que se extendía hasta Comallo y Pilcaniyeu. El P. Francella dejó momentáneamente la filosofía y se dedicó por completo al apostolado parroquial. Cuidó de la Acción Católica en sus cuatro ramas. Construyó una iglesia, la del Santo Cristo, en el barrio alto de la ciudad. Todos los sábados hablaba por radio, y a la vuelta lo esperaban unos cuatrocientos entre chicos y chicas, para quienes tenía organizadas clases de catecismo y una función de cine. En su pastoral parroquial incluyó también misiones y procesiones, logrando una gran participación de feligreses. En Bariloche se desempeñó además como Vicario Foráneo. También ejerció el cargo de Capellán Militar. Y supo darse maña para ampliar la casa de la comunidad religiosa.

En medio de semejante acción, lo sorprendió una nueva obediencia. El P. Inspector, Italo Martín, lo llamó a Bahía Blanca para confiarle la creación de un Instituto de Profesorado para la enseñanza media. Sería, en su género, el primer instituto terciario del Sur Argentino. El P. Francella le puso el nombre de Juan XXIII, porque, como dijo en la inauguración del primer cielo lectivo, "la simpatía que ha despertado doquiera el Papa actual con su bondad y amplitud de miras será nuestra norma presente y futura".

El 1° de abril de 1960 se empezaron las clases "con mucho entusiasmo", como el P. Francella se complace en anotar en sus memorias. Se habían inscripto 145 alumnos, repartidos en tres carreras: de Castellano y Literatura, de Filosofía y Pedagogía, de Matemática y Cosmografía. Debido a la comprensión y generosidad de las Hijas de María Auxiliadora, el Instituto empezó a funcionar en su colegio de la calle Rondeau, y ahí siguió luego funcionando hasta 1969, es decir, hasta cuando se inauguró la sede propia. Fue una colaboración imponderable y, por añadidura, gratuita. Incluso una Hermana, Sor Feliciano Crespo, fue designada secretaria académica del Instituto; cargo que ella desempeñó activa e inteligentemente, como afirma el P. Francella en sus memorias, hasta que el Instituto se trasladó a su propia sede.

El P. Francella consigna en sus memorias la serie de gestiones y avatares que tuvo que afrontar para obtener la aprobación jurídica del Instituto mediante una Resolución Ministerial y luego para obtener la validez nacional de los títulos que el Instituto expediría, mediante un Decreto del Poder Ejecutivo, así como para la construcción del edificio propio.

Tuvo que arrostrar también el pago de los profesores, hasta lograr el subsidio estatal; así como, más tarde, tuvo que hacer frente al sueldo de los profesores de las nuevas divisiones que se abrían por aumento vegetativo, desde que el ministro de Economía, el Ing. Alvaro Alsogaray, congeló el presupuesto escolar para tales divisiones de la enseñanza privada.

La hazaña principal que emprendió el P. Francella fue, no cabe duda, la construcción de la sede del Instituto. La colocación y bendición de la primera piedra se remontan a octubre de 1961. Existía entonces el proyecto, para unas inspectorías de la Argentina, de solicitar un préstamo de los Estados Unidos a través de la Alianza para el Progreso. El Instituto habría contado con un crédito de 623 mil dólares al 3 ½ % anual, amortizable en 30 años. Ante tal perspectiva, el proyecto inicial de la obra, que contemplaba tres pisos con planta baja y subsuelo, fue ampliado a ocho pisos. En febrero de 1962 se practicó la excavación del terreno. Pero cuando se esperaba el otorgamiento del préstamo, los Superiores Mayores opusieron su veto. Fue providencial, ya que a raíz del posterior descalabro económico del país habría resultado poco menos que imposible amortizar tal préstamo. La excavación quedó convertida en un pozo, que se fue llenando de malezas. El P. Francella, sin embargo, no se dejó arredrar. Apeló a cuantos recursos pudo para conseguir fondos: empresas periodísticas, rifas, pedidos a los Superiores Mayores, etc. La consigna era "salir del pozo". En septiembre de 1965, se reanudó la obra. Pero para construir un edificio de 6.101 metros cubiertos, el P. Francella contaba tan solo con una suma inicial de 4 millones. Téngase en cuenta que solamente para la estructura de hormigón le hacían falta 12. Así y todo, en ningún momento faltó el dinero para los materiales y el pago de obreros. Se salió, pues, del pozo, y en 1969 pudieron inaugurarse las cinco primeras plantas; las restantes quedaron terminadas en 1970. En 1977, el autor de los planos y director de la construcción, el Ing. José Rafael Crocitto -quien siempre prestó sus servicios profesionales "ad honorem"-, en carta al actual Rector del Instituto -con la que acompañaba la entrega de una carpeta con los 38 planos originales de la obra, después de obtener las certificaciones oficiales que acreditan la terminación legal de la misma-, destacaba "la entusiasta, inolvidable y dinámica conducción del P. Francella, que hizo posible un verdadero desafío a las escasas probabilidades de realización", dejando asombrados a escépticos y derrotistas. "Hoy -observaba también dicho ingeniero- ese monumental exponente de fe y cultura se proyecta hacia el cielo del cual recibió la bendición de Dios bondadoso que acompañó su azarosa construcción". También el P. Francella explicaba la hazaña como obra de Dios, de su Providencia. La cual se valió de la generosidad de tantas personas y varias instituciones (empezando por la propia Congregación), y también del gobierno nacional y del Estado provincial. Pero fue una Providencia suscitada, y casi diríase urgida, por el P. Francella.

Análoga a la hazaña edilicia, fue la hazaña relacionada con la marcha y progreso del Instituto. A la fe, dinamismo y tesón del P. Francella se debe, por ej., que durante su rectorado, a los tres profesorados iniciales se añadieran otros cinco: de Física, de Geografía, de Inglés, de Psicología y de Nivel Elemental. A él se debe una intensa propaganda del nuevo centro de estudios superiores. Este había empezado con 145 alumnos y 10 profesores, en 1960; en 1973, cuando el P. Francella lo dejó, los alumnos ascendían a 689 y los profesores a 87. Sobre todo cabe poner de relieve la preocupación del P. Francella por el nivel académico del Instituto. Muestra de ello es, por ej., que a los diez años la biblioteca del Instituto ya contaba con 12 mil volúmenes. Pero en ese mismo año, según consta en un artículo periodístico, el P. Francella manifestó que la próxima meta sería llegar a unos 80 mil volúmenes. Algo ambicioso, sin duda, y lejano todavía en este momento, ya que el total de volúmenes oscila ahora alrededor de 39 mil. Otra muestra: En 1962 hizo venir de Europa modernos elementos técnicos para los cursos de Psicología, de Práctica de Laboratorio y de Orientación Profesional que se dictaban en el Instituto. Aspiraba asimismo a crear carreras de licenciatura y hasta de doctorado. En el archivo del Instituto se conserva una copiosa documentación acerca de trámites que él hiciera, en orden a licenciaturas, con la Universidad Nacional del Sur, la del Salvador, la Católica Argentina, la Nacional de Río Cuarto y la Universidad de la Patagonia "San Juan Bosco". El 20 de junio de 1969, llegó a expresar, en la colación de grados: "Acabamos de coronar la primera etapa de lo que será el Instituto Superior Juan XXIII. Muchas otras iniciativas nos están esperando. La más inmediata, que responde a un pedido general de alumnos y egresados, es la licenciatura y doctorado en las distintas carreras existentes".

A sus preocupaciones como Rector el P. Francella unía una intensa tarea docente: doce horas de clase de filosofía; y una igualmente intensa actividad investigadora. Con el aval de su propio ejemplo, bien podía, el 2 de abril de 1963, en la inauguración del ciclo lectivo, proponer a los alumnos como ejemplo ideal el del escolástico de Vitoria, del cual se dijo que era "clarus scientia, clarior methodo, clarissimus discipulis" (preclaro por su ciencia, más preclaro aún por su método, y muy preclaro para sus discípulos).

A lo dicho cabe añadir que el P. Francella fue Consejero Inspectorial a lo largo de trece años; Director, desde que se creó -en 1968- y hasta 1973, de la Comunidad Salesiana dedicada al Instituto; Asesor, desde 1961, del Consorcio de Médicos Católicos. A la vez, semanalmente, desde 1960, daba charlas "por un mundo mejor" a través de una radio local (LU3). También actuó, esporádicamente, en otra radio y, desde que se crearon, en los dos canales de televisión de Bahía Blanca.

Pero, como escribe en sus memorias, "todas estas ocupaciones dejaron en mí un gran cansancio". Por ello, en abril de 1973 pidió al P. Inspector, Juan Cantini, "un largo descanso" junto a su querida madre. Regresó, pues, a Italia. Pero ya a los dos meses emprendía la reelaboración de su libro "Conocimiento y metafísica".

El 19 de marzo de 1974 fallecía su madre, por él tan querida y tantas veces nombrada.

En 1974 y 1975 integró el personal de la Inspectoría Adriática. En Ancona, dio clase de Filosofía teórica y Sociología en el Seminario Mayor de las Marcas, afiliado a la Pontificia Universidad Lateranense. Fue asimismo profesor de Gnoseología en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma. En esa ciudad se inscribió en la Pontificia Universidad Urbaniana para el doctorado en filosofía, obteniendo el título, y "summa cum laude", el 24 de mayo de 1974.

"Pero -dice el P. Francella en sus memorias- extrañaba la Patagonia". Además, en el mismo año 1974, había sido nombrado Rector de la Universidad "San Juan Bosco" de la Patagonia. Como tal fue recibido por el Papa Pablo VI y como tal visitó en España las Universidades de Madrid y Salamanca. Pero luego Mons. Peyrou, Obispo de Comodoro Rivadavia, le comunicó que "todo quedaba en la nada", porque la Universidad -que jurídicamente dependía del Obispado- había sido intervenida. El P. Francella recibió después otros dos nombramientos: el de Párroco de la Catedral y el de Decano de la Escuela de Humanidades de la Universidad Católica de Comodoro Rivadavia. En agosto de 1975, se embarcaba para ir a cumplir sus nuevos cometidos.

En Comodoro estuvo de 1975 a 1978. Desplegó "una pastoral intensa", como recuerda en sus memorias. También tuvo semanalmente a su cargo charlas radiales "por un mundo mejor". Por televisión hizo también explicaciones del evangelio en el bienio 1977-1978. Encargado asimismo de proseguir la construcción de la Catedral, prácticamente la llevó a término durante los tres años que pasó en Comodoro. Al mismo tiempo se desempeñaba en la Universidad, como "brillante Decano de Humanidades" -así lo recuerda Mons. Argimiro Moure, Obispo de Comodoro y entonces Gran Canciller de la Universidad Católica—, y como catedrático de Introducción a la filosofía, Filosofía general y Lógica. En la misma universidad dio además una serie de conferencias sobre antropología.

En junio de 1978, la Universidad lo distinguió con el título de Doctor en Filosofía "honoris causa". Cabe mencionar aquí que el P. Francella, el 2 de junio de 1970 había recibido otra distinción: la de Caballero de la Orden al Mérito de la República Italiana, conferida por el Gobierno de la península; y que se haría acreedor a una tercera distinción el 11 de noviembre de 1982: la Distinción del Divino Maestro, conferida por el Consejo Superior de Educación Católica de la Argentina.

"Algunas dificultades", como el P. Francella apunta escueta y vagamente en sus memorias, determinaron su alejamiento de Comodoro Rivadavia a mediados del año 1978. Pasó unos meses en Bahía Blanca, donde volvió a dar clase en su Instituto, durante el segundo cuatrimestre del ciclo lectivo; dio clase de Problemas de la filosofía y de Teología. Como Mons. Carlos Mariano Pérez le había ofrecido la rectoría del Instituto de Humanidades y alguna cátedra de filosofía en la Universidad Católica de Salta, allá viajó en enero de 1979, previo permiso del Rector Mayor.

En esa ciudad, además de las actividades aludidas dio un curso de filosofía para profesionales. Llegó a dar clase tres horas seguidas. El P. Francella asegura que tomó "muy en serio" sus incumbencias. Pero un día fue sorprendido por un largo vértigo con gran dolor de cabeza. Tuvo que renunciar a la Universidad. Terminó como pudo el año escolar en el Instituto de Humanidades; luego, con el debido permiso y por consejo médico, fue a Italia para recuperarse.

El actual Vicario del Rector Mayor, P. Juan E. Vecchi, lo hizo internar en el Sanatorio "Pío XI" de Roma. Más tarde, estuvo internado también en el hospital de Recanati. Como no se le detectó nada clínicamente, decidió volver a la Argentina en agosto de 1980.

Pero en el aeropuerto internacional de Ezeiza, se desmayó al salir del avión. Se despertó unas horas después en el hospital de esa localidad bonaerense. Como en el mismo avión viajaban dos Hijas de María Auxiliadora, ellas avisaron al Director de la Casa Procura de nuestra Inspectoría, P. Pedro Pasino. El día siguiente, fueron a buscarlo; y en uno de los días sucesivos lo internaron en el Hospital San José.

En Buenos Aires lo vio el P. Italo Martín, quien lo invitó a tomar el cargo de Promotor de la fe en la Causa de Beatificación del Siervo de Dios, D. Artémides Zatti. Este trabajo le insumió un año y medio. Posteriormente, quedó en Viedma ayudando en las confesiones y otras actividades parroquiales. Ahí fue nombrado Vicario parroquial. Pero era escasa la acción que podía realizar.

En 1982, recibía en la Capital Federal la Distinción del Divino Maestro, a la que ya aludimos. Es distinción que el Consejo Superior de Educación Católica de la Argentina entrega anualmente "a aquellos educadores que se han distinguido, a lo largo de su dilatada trayectoria, por servicios estimados como sobresalientes, prestados a la educación católica, sobre todo a través de una labor cumplida en escuelas católicas" (cf Consudec N° 464). Era, obviamente, y con pleno derecho, el caso del P. Francella.

Lamentablemente, su salud iba declinando poco a poco, debido a insuficiente irrigación sanguínea en el cerebro y luego al mal de Parkinson. "Todo lo ofrecí a Dios por las vocaciones -así escribió en sus memorias- implorando la intercesión de Don Rinaldi".

Al agravarse su deterioro físico, el P. Francella fue traído a Bahía Blanca, a la enfermería inspectorial. Esperaba volver pronto a Viedma para seguir desempeñando sus tareas pastorales. Pero el Señor lo llamó junto a Sí, sorpresivamente, la tarde del 11 de junio de 1991. Empleando lenguaje paulino, podemos decir que el P. Francella había combatido el buen combate y había llegado a la meta de su carrera; lo esperaba pues la corona de justicia que el Señor entrega a quienes hayan esperado con amor su manifestación (cf 2 Tim 4, 7-8).

RASGOS RELEVANTES EN LA PERSONALIDAD DEL P. FRANCELLA

En la figura del P. Francella se observa un abanico de cualidades. Para nuestro estímulo y edificación, señalaremos aquí algunas, más destacables.

Ricamente dotado

Fue un hombre dotado de inteligencia superior, de memoria prodigiosa, de sensibilidad exquisita, de voluntad férrea, de espíritu emprendedor, de arrojo y tesón... Estas y otras dotes de naturaleza supo cultivarlas con esmero y ponerlas al servicio de su vocación salesiana, potenciándolas con otras dotes de gracia.

He aquí algunos testimonios de Mons. Carlos Mariano Pérez, arzobispo de Salta, quien había sido su director en Fortín Mercedes. En un homenaje que se le tributó al P. Francella el 4 de julio de 1981, después de aludir a los dones que había recibido de Dios, Mons. Pérez ponía de relieve que supo aprovecharlos "en toda su importancia e intensidad para desarrollar múltiples actividades (. . .), sabiendo que Don Bosco lo quería así, y que el Señor Jesús lo había dotado de excepcionales cualidades intelectuales para que no durmieran en el seno de su preclara inteligencia, sino para que fueran expresión constante de la transmisión de la verdad y el saber, que los demás necesitábamos". Afirmaba también Mons. Pérez, refiriéndose a Francella posnovicio: "descolló siempre (...) por su severo sentido de responsabilidad, por su constancia, su tenacidad, su espíritu de sacrificio y de trabajo. Fue lo que llamaríamos hoy (...) un hombre hiperresponsable, en todo cuanto tenía que intervenir, sobre todo en sus estudios, en sus oficios manuales, en el canto y hasta en los trabajos rurales, de los que era un enamorado, con ese grado de amor que hace alegre la vida y desinteresada la acción". Mons. Pérez recordaba igualmente que "su prolijidad era característica" y que "gozaba haciéndolo todo bien". De Francella como flamante profesor, destacó Mons. Pérez que "se deleitaba" en transmitirles a los alumnos posnovicios "su pasión por el estudio filosófico y las lenguas clásicas". De Francella ya sacerdote y formador de posnovicios, ponderaba "su personalidad definida" y "sentido del deber".

Alma de niño

Entre las cualidades del P. Francella hay una que saltaba a la vista y que podríamos calificar como "alma de niño". En una semblanza escrita con motivo del fallecimiento del P. Francella, un Hermano de la Comunidad del Colegio Domingo Savio de Comodoro Rivadavia, enfatizaba justamente su "sencillez" y "limpidez", su "alma luminosa" y "candorosa", viendo en esto la explicación de su equilibrio espiritual. En un párrafo así se expresa: "sencillo y crédulo, sin malicia, niño diría, el equilibrio se reflejaba en su alma, en sus pensamientos, en sus acciones". Y a la sencillez del P. Francella atribuye también que haya sido "un hombre justo", "un verdadero salesiano en quien no hubo engaño".

El Dr. Dinko Cvitanovic, prestigioso catedrático e investigador en el Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, de Bahía Blanca, tituló: "La ingenuidad del Padre Francella", una amplia y emotiva semblanza de él, como si la ingenuidad hubiera sido el leitmotiv de la vida y obra del P. Francella. En tal semblanza, recuerda que se habló a menudo de la ingenuidad del P. Francella y apunta que aun al día siguiente de su muerte escuchó decir que "había sido un hombre muy ingenuo...". Pero él comenta: "Ciertamente lo fue: un ser candoroso, de buena fe, característica que de ninguna manera -y menos en los tiempos que corren...- ha de considerarse como un rasgo desfavorable.

En términos filosóficos, diría que aquella buena fe equivale al viejo y sabio asombro socrático ante los seres y las cosas. En términos evangélicos, se me ocurre que es la pureza del alma.

En los términos prácticos e inmediatos de la vida diaria, la buena fe, la "ingenuidad" del Padre Francella tenía la fuerza arrolladora del genuino constructor. Me refiero a la buena fe del hombre y en el hombre, y a la Fe en Dios, ante la cual es imposible oponer resistencia".

El Dr. Cvitanovic observa a este respecto que cuando se iniciaba la construcción del "Juan XXIII", casi nadie creía que pudiera llevarse a cabo. Pero el entusiasmo del P. Francella "comenzó a acumular ladrillos, ingenieros, proyectos, deudas, créditos... personas, en fin, que se iban acercando como quien no quiere la cosa y terminaban comprometidos por la inefable ingenuidad del Padre Francella. Y esa ingenuidad comenzó a levantar pisos, a convocar profesores..."..

El Dr. Cvitanovic llega a decir: "De los personajes literarios que yo conozco, el que más se parece al Padre Francella es Don Quijote. Su ingenuidad también es grande. Donde hay molinos de viento ve gigantes. *Y no los teme*. Donde hay dificultades ve esperanzas. *Y no las soslaya*. Está dispuesto a batirse por sus ideales, que son, en definitiva, los ideales de una humanidad más hermosa.

Cuando las caballerías ya no existen, sale al mundo, dispuesto a la empresa caballeresca. Don Quijote es una suerte de misionero que se mete en empresas imposibles, pero la fe de la empresa quijotesca hace que todo sea posible y, en especial, las cosas más bellas". Algo así ocurrió, sin duda, con el P. Francella.

Fe

Tuvo fe: una fe a toda prueba. fe en la ayuda de Dios, fe en la gente, fe en el futuro, fe en el Sur Argentino. Esto pudo constatarse especialmente en la empresa "quijotesca" del Instituto Superior Juan XXIII. Así, el 2 de abril de 1963, en la inauguración oficial del año lectivo, el P. Francella hacía esta confidencia: "Cuando anunciamos públicamente el propósito de abrir un profesorado en Bahía Blanca, nuestra finalidad de alta cultura cristiana y formación de profesores diplomados para los adolescentes de las generaciones futuras, (esto) pudo significar para muchos un atrevimiento y muchas miradas escépticas acompañaron nuestras primeras gestiones. Pero triunfó la fe en el futuro..." (cf. La Nueva Provincia, 02.04.63). El 12 de noviembre de 1966, en el acto de finalización del ciclo lectivo, el P. Francella recordaba: "Consultando los archivos del Instituto encontré, hace unos días, la carta anónima (no merecería ser nombrado por su cobardía) de un señor que con muy mal gusto firmaba con el seudónimo 'Juan XXIII'. Una gracia, por cierto. Pero añadía: 'en cuanto al instituto de su digna dirección. me permito adelantarle que no marchará por falta de vitamina'... Pero -así comentaba el P. Francella- Dios nos dio fe y una esperanza, aun cuando el horizonte se mantuvo amenazante" (cf. La Nueva Provincia, 12.11.66). El 20 de junio de 1969, en la sexta colación de grados, el P. Francella recalca: "La Fe condensada en una penetrante visión de futuro, un casi carisma ineludible en su realización. han llevado a los Salesianos hasta este momento...".

Idealismo

El P. Francella tuvo también un idealismo ineludible, sano pero al mismo tiempo audaz, de una audacia que a veces parecía confinar con la temeridad.

Su idealismo iba conjugado con su fe: "Somos idealistas -dijo en una oportunidad-, rectamente idealistas, por esto confiamos en Dios".

El del P. Francella pareciera idealismo de un visionario: "Nosotros -afirmó el 2 de abril de 1963- estamos sembrando, vendrán otros a cosechar, porque trabajamos en una proyección de largo alcance y a largo plazo...".

Amor a la verdad

Este es un aspecto entre los más notables del P. Francella. Sintió y vivió una auténtica pasión por la verdad a través de la filosofía. Mons. Pérez, en el discurso ya citado, llega a decir de Francella cuando joven estudiante: "La filosofía era para él su ambiente, su vida, su aliento, tanto, que hasta cuando íbamos de paseo, llevaba en la mochila sus libros preferidos". Esto explica que el P. Inspector lo haya elegido para que prosiguiera sus estudios de filosofía en la

Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

Al enseñar filosofía lo hacía con alma y vida. El P. Juan E. Vecchi, exalumno del P. Francella en Fortín Mercedes, al enterarse de su fallecimiento, recordaba con emoción: "los esfuerzos del Padre Francella para introducirnos en la 'filosofía' y ser filósofo en la Patagonia. ¡Una verdadera hazaña!".

La pasión por la Filosofía lo acompañó hasta su ocaso físico. Mons. Pérez asegura que ya "vivía" desde joven lo que recomendaría más tarde el Concilio Vaticano II, es decir, que, a fin de percibir con mayor profundidad cómo fe y razón tienden a la misma verdad, se tuvieran en cuenta las investigaciones más recientes del progreso contemporáneo, "siguiendo las huellas de los doctores de la Iglesia, sobre todo de Santo Tomás de Aquino". Pues bien, "el P. Francella -así declara Mons. Pérez- fue siempre un enamorado del Doctor Angélico.

Fruto de sus investigaciones, casi todas en campo filosófico, son dos obras de filosofía y una serie de artículos.

Las obras de filosofía son "Conocimiento y metafísica", que ya mencionamos, y "Conoscenza naturale e riflessione completa". La primera, de 498 páginas, publicada en Bahía Blanca por la Editorial del Sur, es el fruto de veinte años de investigación. El Dr. Alberto Caturelli, eminente filósofo y catedrático de la Universidad Nacional de Córdoba,

la juzgó "obra vigorosa, inspirada en el realismo tomista". El mismo Caturelli en su libro titulado "La filosofía en la Argentina actual" nombra al P. Francella como único filósofo del sur argentino.

La segunda obra, "Conoscenza naturale e riflessione completa", que consta de 224 páginas, es su tesis de doctorado en filosofía, editada en 1974 por la Pontificia Universidad Urbaniana.

Los artículos -unos veinte- fueron apareciendo en revistas de categoría: Criterio, Ortodoxia, Sapientia, Aquinas, Salesianum, Convivium. Los artículos "Verdad y enmascaramiento" y "Lo existente y el campo específico de la metafísica" fueron registrados por The Philosopher's Index de la Bowling Green University, Ohio, U.S.A.

En 1971, por su predicamento filosófico, la Universidad Nacional de Córdoba lo invitó a participar como miembro activo del Segundo Congreso Nacional de Filosofía. También fue invitado a ser miembro de la Asociación de Filósofos Argentinos. Y fue miembro de la Asociación latinoamericana de filósofos católicos.

Autenticidad como religioso y como sacerdote

Considerando ahora al P. Francella como religioso y sacerdote, vemos que es transparente su identidad salesiana.

Según testimonia Mons. Pérez, el P. Francella desplegaba su actividad "brindándose constantemente en el servicio de todas las almas, sin regateos y sin paréntesis. Como formador de posnovicios, se gozaba en comunicarles su entusiasmo por la vocación religiosa y salesiana y en darles a conocer la verdadera fidelidad a las enseñanzas de Don Bosco. "Fue el Salesiano polifacético, que atendía a todo (...) y trabajaba en todo, dando ejemplo maravilloso de actividad salesiana".

Su actividad sacerdotal estuvo bajo el signo del entusiasmo. El Dr. Cvitanovic así recuerda unos encuentros de catequesis y reflexión, a que había sido convocado por el P. Francella, juntamente con otros compañeros del Colegio Don Bosco de Bahía Blanca: "Nos reuníamos un rato por las tardes, se leía algo apropiado. El Padre Francella explicaba, preguntaba, agitaba sus brazos con énfasis y terminaba invariablemente la reunión con estas palabras: '¡Entusiasmo, muchachos! ¡Entusiasmo!' Esta palabra, creo, define especialmente su vida, que fue, ni más ni menos que eso: una adhesión fervorosa, una indudable inspiración divina para la

acción evangélica". Para ese exalumno, "de ese entusiasmo nació el Instituto Juan XXIII".

Mons. Pérez no vacila en declarar: "El bien de las almas era la única y poderosa motivación de una vida llena, completa, firme y decidida", pues el P. Francella "había comprendido a fondo el ideal de S. Juan Bosco: 'Dadme almas y llevaos todo lo demás' ".

El celo apostólico del P. Francella fue llamativo. Así, con respecto a su desempeño como párroco en Bariloche, Mons. Pérez expresa con todo aplomo: "Allí su actividad es desbordante. No hay otro calificativo para poderla encuadrar".

Apóstol de la palabra

Es, este, otro rasgo distintivo de la personalidad del P. Francella. Con finalidad pastoral publicó varios artículos en diarios; dio conferencias en distintas localidades del Sur Argentino (Coronel Pringles, Tres Arroyos, Necochea, Comodoro Rivadavia. Coronel Suárez y especialmente en Bahía Blanca) y también alguna en Italia; a lo largo de años y años, dio semanalmente charlas radiales -como ya señalamos- bajo el significativo título "Por un mundo mejor", en Bahía Blanca, en San Carlos de Bariloche y en Comodoro Rivadavia. Mons. Pérez certifica, con respecto a sus mensajes radiales en Bahía Blanca antes de su nombramiento como párroco en Bariloche, que "eran escuchados con fruición". También en varias oportunidades se valió de canales de televisión para irradiar su apostolado sacerdotal.

A esto cabe añadir una notable difusión de la palabra de Dios mediante homilías, confesiones, clases de catecismo o catequesis o de teología.

Apóstol de la enseñanza y educación católica

Amaba la docencia. La ejercía con entusiasmo y con espíritu y objetivo apostólico. Esto alcanzó su cenit en el Instituto Superior Juan XXIII, por él creado y por él dirigido durante los trece primeros años. La Lic. María Luisa Mediavilla de Riobó -quien fuera su alumna en el Profesorado de Filosofía y Psicopedagogía y que ahora se está desempeñando en el Instituto como Directora del Profesorado de Filosofía y/o Ciencias de la Educación y como docente de Filosofía-, en el saludo de despedida a los restos del P. Francella ante el panteón de los Salesianos de Bahía Blanca, destacó su fe profunda. A semejante fe, así como a su entrega y trabajo sin límites, a su coraje e imaginación creadora, y a su optimismo, que calificó como "cualidades típicamente salesianas", atribuyó esa profesora que el P. Francella pudiera llevar a cabo "la descomunal empresa que comprometió su celo de apóstol realista y práctico: la creación, funcionamiento y conducción del Instituto Juan XXIII". En cuanto a su desempeño docente atestiguó: "Quienes hemos sido sus alumnos conocemos su honda preocupación por animar y promover la integración crítica entre la fe y la cultura. Sabemos del tesonero esfuerzo con que sus enseñanzas pretendían conducirnos a la apreciación del sentido último de la vida, al descubrimiento de la verdad radical y definitiva, al encuentro de la única respuesta a las aspiraciones genuinas del corazón humano". Atestiguó asimismo: "De su paso por nuestras aulas nos queda el imborrable recuerdo de su espontánea lucidez y memoria colosal, su sensibilidad hacia el detalle, su disposición proverbial para atender a cuantos llegaban a él, ganar el afecto de los alumnos y caminar juntos con alegría y en espíritu de familia hacia el Bien".

Otro testimonio calificado es el del Dr. Juan Carlos Nallim, Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas en la Universidad Católica de Salta. En 1981 le escribe al P. Francella: "Aquí en Salta, en esta Facultad y, en general, en la Universidad Católica, es Ud. una persona muy querida, razón por la que siempre esperamos ser visitados, y mejor aún, si Dios nos bendice con su regreso (definitivo) a ésta". Y le rogaba enviarle, si las tenía escritas, sus reflexiones sobre antropología, sobre el concepto "integral" del hombre, que "con tanta sapiencia" él había desarrollado en Salta.

Sapiencia, pues, transmitida con amor y que favorecía una relación cordial con los alumnos. El ya citado Dr. Cvitanovic, evocando los años en que él mismo ejerció la docencia en el Instituto Juan XXIII, enfatiza justamente "el espíritu *cordial* que fomentaba su Rector-Fundador".

El P. Francella vivió y difundió la verdad con amor, para el bien. "Verum effundere ad bonum" (irradiar la verdad en orden al bien) es el lema del Instituto. Para esto inculcaba estudiar seriamente y estar dispuestos al sacrificio para triunfar. Así lo declaró sin ambages el 1 de abril de 1964, en la primera colación de grados, que coincidió con la iniciación del ciclo lectivo. Y formuló entonces este voto: "Que el triunfo de todos sea la gloria de la Patria y la difusión del espíritu de Cristo en estas latitudes".

El 20 de junio de 1969, en la sexta colación de grados, afirmó: "Ante el nuevo mundo en gestación, nos urge preparar y construir no sobre el odio o la violencia, sino sobre el amor de hermanos de verdad". Aseguraba que "la justicia y la paz serán la resultante de una educación total y comprometedor para el hombre nuevo". Y a los noveles profesores les decía: "A vosotros la ardua y honrosa tarea de construir un mundo nuevo mediante los valores espirituales y culturales".

El P. Francella creyó en la verdad, reflejo de la Verdad increada; creyó en la educación y en la evangelización de la cultura, como hoy se dice, mediante la educación. El Juan XXIII encarna y perpetúa esta fe del P. Francella. Con mucha razón pues en la entrega de la Distinción del Divino Maestro, el Hermano Septimio Walsh, en su calidad de Secretario del Consejo Superior de Educación Católica de la Argentina le dirigió estas palabras:

"Padre Francella: Todo educador es un multiplicador inmedible, ilimitado, pero también inacabable y perdurable. ¿Qué decir, entonces, del generador de educadores, del que en una humana, social y espiritual operación profética se lanza a la multiplicación fecunda e interminable de educadores? Eso es lo que hace el Juan XXIII de Bahía, y eso, en proporción privilegiada, está en su haber existencial. Institutos del suroeste de Buenos Aires, de las provincias de Río Negro, Neuquén, La Pampa, Chubut y más al Sur, le deben al Juan XXIII del padre Francella clarividente, el poder contar con cuadros docentes habilitados, capaces, cristianos, creadores de cosmovisión y de cultura y forjadores de buenos argentinos. Y porque todo eso lo hemos oído y creído, hoy le estamos dando esta alta Distinción del Divino Maestro".

CONCLUSION

Mucho más se podría decir y citar acerca del P. Francella, pero no es este el caso en una simple semblanza suya. Como no es el caso de señalar lunares, de los que no estuvo exento por ser persona humana. En la charla radial que dio en Comodoro Rivadavia el 13 de junio de 1977, él mismo dijo al tratar el tema de aceptarse uno a sí mismo: "Somos criaturas y estamos llenos de defectos. Son ellos la sombra que contrasta con la luz de nuestras buenas cualidades. Sin embargo ese claroscuro nos hace humanos, humildes, comprensivos, generosos. No nos engañemos: en nuestra vida si contamos con bríos y victorias debemos contar también con decaimientos y derrotas. También los grandes santos (...) tuvieron sus derrotas y sus caídas, porque eran humanos: solo que la Gracia de Dios, a la cual ellos correspondieron, logró el triunfo final. (...) No existen fracasos, si se obra con rectitud de intención, ofreciendo a Dios también nuestras derrotas, es decir, aceptándonos en paz procurando constantemente renovarnos cada día. (...) Hagamos con sencillez lo que podemos; eso sí es importante".

Que nosotros sepamos imitarlo en la sencillez evangélica, el entusiasmo, el amor a la verdad, la entrega incondicional a la causa de Cristo...; en una palabra, en todo lo bueno de que nos dejó ejemplo.

P. José Juan Del Col, sdb